

BAJTIN Y SUS APÓCRIFOS O EN EL-NOMBRE-DEL-PADRE

Iris M. Zavala

[...] soy los dos, habría que decir
lo dos, lo dual o lo doble,
conozco lo que soy, *lo dos...*

JACQUES DERRIDA

A ningún lector de Bajtin se le escapa que la impronta de la palabra ajena (el discurso ajeno), que transforma nuestra propia palabra en bivocal, ambivalente y polisémica, convierte a su vez el lenguaje en zona de encuentro de valoraciones. Como consecuencia, el lenguaje deviene fundamentalmente heterógeno, un medio compartido y conflictivo, se podría incluso decir que antagónico. De todo ello se dibuja la imagen del discurso ajeno como una especie de caja china o muñeca rusa: discurso en el discurso, enunciado dentro del enunciado, pero al mismo tiempo, discurso *sobre* otro discurso, enunciado *acerca* de otro enunciado (Bajtin/Voloshinov 1929 en 1992, 155). En sentido amplio, podríamos remitirnos al «espejo en el texto», metáfora que le permite a Dällenbach (1977) describir el *mise en abîme*, y que la palabra referida duplica de manera infinita, muchas veces como duplicación aporética. Su propio nombre —discurso referido, como veremos— proyecta una especie de duplicación aporética, creando así una espiral que no agota todas las posibilidades de remisiones.

El ejemplo que evoca el discurso referido es una arquitectónica, y nos indica que «la palabra roza la palabra» (159) y se introduce en ella, y se construye sobre ella el propio

discurso.¹ Bajo una única palabra, se combinan evaluaciones contradictorias, de manera que se puede pensar que la palabra (el lenguaje) es quien abre la puerta a todos los paraisitismos, todos los simulacros y es el elemento que permite trazar la responsabilidad. La palabra referida constituye un esfuerzo por llamar la atención hacia los efectos de confusión, de equivocidad, de indecibilidad que produce el lenguaje.

Todo este deslizamiento nos conduce a la época de 1925, a un ejemplo concreto de refracción de la palabra ajena, cuando Mijail Bajtin emplea los nombres autoriales del biólogo e historiador de la ciencia y autor de dos libros sobre Goethe en la década de 1960, Ivan I. Kanaev, del crítico Pavel N. Medvedev (1892-1938?) y de Valentin N. Voloshinov (1894-1936), en una serie de 9 artículos y tres libros que se vienen llamando los textos *deuterocanónicos*. Estos textos en disputa pertenecen a la época de Vitebsk, donde residieron Bajtin y su esposa (entre 1920-1924), y aglutinaron un grupo de amigos, que en 1925 se trasladaron a San Petersburgo (Leningrado), lugar donde se redactaron los *deuterocanónicos* (Clark y Holquist 1984 ofrecen un buen resumen de su biografía; véase también Silvestri y Blanck 1993). Época esta, además, en que Bajtin está interesado en problemas estéticos y filosóficos, de orientación neokantiana. Si ya en 1922 ha finalizado su libro sobre Dostoievski, este no verá la luz hasta 1929 (segunda edición 1963, ampliada en 1979, y en español en 1986), dando remate así a un complejo estudio sobre el pensamiento dialógico, el discurso referido, la polifonía y la ética de responsabilidad, puntos centrales de sus meditaciones. Después de estos textos firmados por sus amigos, Bajtin se refugia en el silencio (la censura estaliniana, la persecución de que fue objeto), si bien continúa traba-

1. No quiero repetir en estas páginas lo que ya he expuesto en Zavala 1991, y mi prólogo a Voloshinov 1992. Sí quiero subrayar que en estos trabajos propuse el término de «texto único» al intentar establecer la relación entre los textos en disputa y los firmados por el propio Bajtin, en lo que se refiere a una línea de pensamiento crítico, si bien, naturalmente, en el transcurso del tiempo Bajtin va afinando su pensamiento teórico y filosófico.

jando laboriosamente. En 1963 se le «descubre» en Rusia, y en adelante se publican textos que hacía años había finalizado (el *Dostoievski*, su *Rabelais*), así como una serie de artículos póstumos sobre la novela y sobre la estética. En ambos se recogen sus meditaciones desde 1919 (1979 en 1985).

La entrevista de Sergei G. Bocharov que incluimos oscurece, aclarando, el fenómeno de ventrilocuismo o discurso referido, lo que sí es palpable es que los nombres de los autores (reales, pero que actúan como ficción) hacen evidente el nombre que falta en el campo de lo que se describe. Se trata de un interior excluido, que para retomar los términos mismos del discurso bajtiniano, este adolece de un centro o valor arquimédico. Diríamos que Bajtin pone en suspensión la autoridad para reforzar la ficción en una práctica de lenguaje orientada a la producción de pseudónimos, heterónimos, máscaras —si se prefiere— que le permiten explorar los aspectos centrales de sus reflexiones ético-estéticas. En estos textos, Bajtin aparece más como lector de su propia escritura, y en la misma posición de autoridad que cualquier lector de estas obras, más que como su autor, privilegio que esconde, oscurece o niega. Podríamos decir —si siguiéramos a Kierkegaard— que son formas de comunicación indirecta que deconstruyen la autoridad absoluta del autor. Pero en Bajtin adquieren otras vertientes.

El reconocimiento de lo social, del discurso como voces que se influyen mutuamente, connotan esta perspectiva bajtiniana acéntrica, que determina el acto ético de comprensión. Denota, en última instancia, la arquitectónica (concepto empleado desde 1920), es decir, la forma en que se construyen las cosas; las relaciones entre el yo y el otro y, no menos importante, la forma en que los autores construyen esa unidad provisoria que se denomina texto literario. La estética forma parte de la arquitectónica: si la arquitectónica atañe al estudio de las relaciones entre cosas, la estética comprende el problema de creación, cómo las partes se constiuyen en totalidades. El problema es de raigambre kantiana; la estética forma parte integral de la subjetividad. La

ética conlleva no solo la propia perfección, sino la felicidad ajena, y la historia se concibe como esfuerzo incesante hacia ese ideal de ética discursiva, que es por definición una tarea infinita —el Gran Tiempo.

El discurso de la responsabilidad no apunta a una instancia ético-jurídica pura, o a la razón práctica o al pensamiento puro. Descansa en una noción de sujeto, que se aleja del ideal de la comunidad intersubjetiva universal y transparente que propone Habermas. La de Bajtin no es una ética universalista, ni la estetización de la ética que construye Foucault; la mejor manera de situar su posición ética es a través de la noción de antagonismo y de heterogeneidad: el pensamiento del otro.

Si convenimos, siguiendo estos caminos, que la estética forma parte del proceso de pensamiento, la dialogía concibe el conocimiento como respuesta, como la recepción activa del discurso del otro, escribe Bajtin/Voloshinov en *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929 en 1992, 104-105). Allí afirma que la palabra es un signo, en la medida en que nos avisa de la presencia del algo con el mundo exterior y le señala a la conciencia que se enfrenta con ese mundo. Digamos que esta interdiscursividad le permite al sujeto orientarse en la relación con el mundo real. El carácter de simultaneidad que le adscribe a la dialogía y a la comprensión dialógica (de raigambre kantiana, pues ya en *La crítica de la razón pura* [1781] aparece el carácter objetivo de la simultaneidad), significa interdependencia entre los objetos que existen, no causalidad. Kant la remite a la ley newtoniana de la gravitación: todo miembro del cosmos aparece explicado como función de los demás, del mismo modo que estos se explican, a su vez, como función de aquel. Si Bajtin reacentúa esta simultaneidad de la percepción, también la categoría de *acontecimiento* es central: el diálogo es un acontecimiento decisivo, y la dialogía un acontecimiento de interacción de conciencias equitativas. El acontecimiento no es necesariamente un nada o un vacío al cual debemos enfrentarnos; equivale a la vida diaria, a la realidad de lo cotidiano que nos obliga a escuchar bajo el silencio o el ruido las pe-

queñas diferencias su particularidad en el tiempo y le abre camino a lo que Lyotard llama el *différend*, que modifica la lógica misma y hasta los géneros de discurso. Los géneros discursivos desempeñarán un papel crucial como tentativa de asegurar las normas de la comunicación; los géneros han de entenderse (de acuerdo a su desarrollo posterior) como subordinación del enunciado a tipos relativamente estables de intercambio en la actividad humana —desde la selección del tema, al estilo de construcción de cada enunciado.

En este universo discursivo la comprensión *no* es algo pasivo y exacto, de una duplicación de la vivencia del otro, es un traslado de la vivencia a un plano absolutamente distinto de valores, a una categoría nueva de valoración y figuración, aclara en un texto escrito por entonces: *Autor y personaje en la actividad estética* (Bajtín 1920-1923 en 1985, 94). Aquí la estética de la creación verbal se orienta hacia la estética filosófica y hacia la responsabilidad, el acto responsable, sin coartada. El acento sobre lo *valorativo* persistirá como centro de sus reflexiones posteriores. Hemos de dar un paso y distinguir el rasgo que separa y distingue a Bajtín de varias ideas contemporáneas sobre la comunicación: Jürgen Habermas y su idea del *Diskurs* como unanimidad razonable, la Karl-Otto Apel para quien la argumentación intersubjetiva proporciona los cimientos últimos de la razón o transformación semiótica de la lógica, y la noción pluralista de Richard Rorty de que la única racionalidad posible ha de encontrarse en el acuerdo sin coacciones, alcanzado por medio de conversaciones libres. Nada de estas comunidades subyace en la propuesta axiológica bajtiniana, que no exige el diálogo de la polémica ni de las disputas interminables, que permiten evaluar, no sólo en el terreno de la ética, sino en aquello que Marx llamó la «práctica crítica» de desafío del engaño. Esta polémica no se le pasó desapercibida a Gertrude Stein, que la describe desde otros supuestos: «No one is ahead of his time, it is only that the particular variety of creating his time is the one that his contemporaries who are also creating their own time refuse to accept» (1972, 514).

Estas perspectivas de polémica discursiva subyacen en el ensayo temprano *Autor y personaje en la actividad estética*, donde propone una serie de conceptos claves para el desarrollo de su pensamiento: extraposición, excedente de visión, horizonte, entorno. El primero ha sido traducido por Todorov (1981) de manera poco afortunada como *heterología*, difuminando así la fuerza que el prefijo *ex* tiene en Bajtin. El excedente de visión y de conocimiento para la percepción del horizonte o campo de visión del otro y su entorno, son claves y nos invitan a escapar las fantasías de control (su magistral *Rabelais* es la plenitud de este excedente de visión). Se trata, en definitiva, de la extraposición del yo y del otro en el acontecimiento de la comunicación dialógica. Todos estos conceptos que aparecen en este texto inicial, se elaboran desde diversos puntos y perspectivas en los textos deuterocánonicos, que llegan a rodearlos y precisarlos, haciendo surgir nuevas distinciones éticas. Como punto de apoyo de este peculiar modo de comprensión, Bajtin se remonta en el conjunto de problemas éticos y estéticos, a una teoría de los valores, de la axiología.

El *Autor y personaje en la actividad estética* nos involucra en una aventura sobre el yo y el otro que debemos perseguir, si bien con cierta reserva. Si redescubrimos su sentido, y recorreremos con la mirada lo que nos aporta la meditación bajtiniana, vemos claramente que desde el principio se resiste a encerrar el yo en una única postura emocional, volitiva y ético-cognoscitiva en el mundo (1985, 38). El sentido ético se explora aquí en el interior de una experiencia fundada en la confianza otorgada a la textura del discurso en tanto que cadena intersubjetiva e interdiscursiva:

Mi apariencia no puede ser vivida dentro de la categoría del *yo* como un valor que me abarque y concluya, porque se vive de este modo tan solo dentro de la categoría del *otro*, y es necesario que uno se incluya en esta última categoría para poder verse como uno de los momentos del mundo exterior plásticamente expresado [p. 39].

La necesidad del *otro* es estética: la necesidad de una participación que ve, que recuerda, que acumula y que une al otro, es continua. Estética, desde luego, si entendemos por el término lo inagotable, inconcluso, abierto, y el carácter creativo de la comprensión; la extraposición supone comprensión y valoración, y no pérdida del propio lugar (1920-1924 en 1985, 364).

Se podría decir que el objeto aquí —el otro— se introduce como forma de accesibilidad a lo real, y que adquiere una función simbólica y cumple el papel de frontera y de límite. No es extraño que en este importante texto de la década de 1920 hable de la iniquidad de principio que existe entre el yo y el otro desde el punto de vista de la moral cristiana (aquello de «Llevad la carga del otro»). La necesidad del otro es estética y ética, y la estética sólo está allí donde nos muestra una de las fases de la función ética. Así, toda filosofía o moral que reduzca al yo cae en un solipsismo ético. Lo que merece destacarse entonces es que este relevo de responsabilidad y reemplazo de la firma nominal equivale a la praxis de su propia teoría, si entendemos por praxis aquella certera definición lacaniana: «acción concertada por el hombre, sea cual fuere, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico» (1964 en 1992, 14).

De seguir esta serie de enunciados que remiten siempre a valoraciones y formas de «ventrilocuismo», los heterónimos serían grados o enunciados genéricos adscritos a la polifonía y a la lucha de opiniones e ideologías. Son situaciones concretas de desdoblamiento del sujeto en yos autónomos, que recurren al discurso bivocal, que sirve simultáneamente a dos locutores y expresa intenciones diferentes. No se trata de tomar distancia, de situarse fuera, sino de producir aberturas y traspasar fronteras; no se puede eludir la sensación que establece que el proceso de la enunciación siempre subvierte el enunciado, y que todo texto nos atrapa en una red descentrada de procesos plurales, de voces referidas. No podemos por menos que reconocer que en los textos disputados pone en práctica esa ambivalencia fundamental del texto, inundado por relaciones dialógi-

cas entre los enunciados, relaciones éticas, relaciones entre conciencias, verdades, influencias mutuas, aprendizaje, amor, odio, mentira, amistad, respeto, piedad, confianza («De los apuntes de 1970-1971», en 1985, 360).

Podemos percibir el preludio orquestal no solo en todos los términos bajtinianos, sino en su particular uso del apócrifo y de los heterónimos, que lo ligan al ímpetu modernista de la década de 1920: los apócrifos de Antonio Machado, los heterónimos de Fernando Pessoa, el mundo de pseudónimos de Azorín, entre los más conocidos, y antes los homónimos de Kierkegaard. En todos ellos se revela la relación entre heteronimia y homonimia con el dialogismo. Esta experiencia de intercambio y conflicto (¿por qué no decir también, juego?), establece relaciones dialógicas que impiden la petrificación de los interlocutores en su respectiva posición. La dialogía implica el intercambio de roles (como en el juego erótico), que cada cual sea el otro de sí mismo, el distinto de sí mismo. El discurso ajeno es a manera de «descubrimiento colombino» (en palabras de Sergei G. Bocharov que reproducimos en este volumen), y nos dice que toda situación concreta comporta una ética de responsabilidad.² Precisamente porque la palabra no concierne tan solo a los contenidos de sentido, la ética bajtiniana no puede ser escindida de un nuevo planteamiento sobre la responsabilidad, que no confía ya necesariamente en lo heredado. La ética en sí no es fuente de valores, sino que provee la forma individual y colectiva de relacionarse con éstos, como nos recuerda Bocharov.

Todo este entramado se arma desde la década de 1920 en sus trabajos sobre el arte y la responsabilidad (1919 en 1985), autor y personaje en la actividad estética (1920-1924 en 1985), el problema del contenido, el material y la forma en la creación literaria (1924, en 1989, 13-76), y la filosofía del acto ético (publicado en ruso por Bocharov en 1924, en traducción al inglés

2. El artículo-entrevista lo ha proporcionado Tatiana Bubnova, que lo ha traducido. El texto aclara de manera oblicua muchos de los problemas en torno a los textos en discusión.

y al italiano 1993). Allí se dibuja la armadura de una arquitectónica de responsabilidad que vincula al ser humano al mundo, a sí mismo y al otro. Lo que en ruso se llama *postupok*, o sea, el acto responsable. Pensando en la relación oculta entre todos estos textos y los firmados por otros, en «Arte y responsabilidad» (1919 en 1985) Bajtin evoca la estrecha relación entre el arte y la vida, y propone que el divorcio entre ambas actividades puede superarse si las pensamos como responsivas y responsables mutuamente. La responsabilidad se actualiza como unidad en la persona individual:

Yo debo responder con mi vida por aquello que he vivido y comprendido en el arte, para que todo lo vivido y comprendido no parezca sin acción en la vida [1985, 11].

Toda la cadena que hace conectar este brevísimo texto con «El discurso en la vida y en discurso en la poesía» firmado por Voloshinov en 1926, nos reconduce a terrenos bajtinianos. Lo que hay de común es ese valorar lo ético y lo estético, y subrayar la responsabilidad del acto ético y del sujeto sin coartada: la unidad se transforma así en arquitectónica. Esta no coartada es el principio esencial de una responsabilidad ante «la vasta morada de signos» (como define Martí al mundo social) que siempre se renueva, o se re-acentúa y que nunca muere del todo.

El resto es el movimiento de la suplementariedad, aunque Bajtin (ni como ventrilocuo de Medvedev o de Voloshinov en los llamados textos deuterocanónicos) utilice la palabra, como yo lo hago aquí, pero desde el momento en que habla de resurrección, de inconclusividad, queda claro que el movimiento de la significación añade algo, para que siempre haya más, y se opone a la reducción metafísica del significado.

Pero volvamos a los apócrifos y heterónimos autoriales: un texto sobre el vitalismo firmado por Kavel, varios artículos críticos sobre el formalismo y un libro sobre el método formal de Medvedev, donde introduce los importantes conceptos de ideologema, ideología, ideología cotidiana, y varios artículos sobre

el discurso, la palabra, el signo ideológico, un libro sobre el marxismo y el lenguaje y otro crítico sobre Freud y el freudismo, donde descalifica al vienés por individualista, entre otros reparos graves contra el concepto freudiano del inconsciente (reparos que debemos, en probidad intelectual calificar de prepsiconalítico). Estos últimos están firmados por Voloshinov (cuyo nombre rubrica seis de los artículos en disputa). Los textos de Voloshinov, por otra parte, son los más decididamente «marxistas»; digamos que Marx aquí es el nombre que alternativamente se muestra y se esconde, pero que decididamente queda como «fantasma» de los textos.

Resumiendo. El acontecimiento de «ventrilocuismo» se repite entre 1925-1929, años en que a su vez está redactando el estudio sobre Dostoievski, y momento que marca a su vez el interés creciente por la novela, los géneros de enunciado, la palabra en la novela (Tatiana Bubnova ofrece una útil periodización de la producción bajtiniana en este libro, al mismo tiempo que aclara algunos problemas de la recepción de Bajtin en el mundo no eslavo). Este libro es el centro de sus meditaciones, sobre lo que supone el pensamiento dialógico en la cultura, desde Sócrates al presente (la entrevista que incluimos de 1974 nos integra la organización de sus meditaciones).

Lo que está ausente, entonces, en los tres libros y los nueve artículos deuterocanónicos, lo reprimido, es el Nombre-del-Padre, la Ley (en términos lacanianos), nombre reprimido y apropiado simbólicamente por sus amigos, el llamado Círculo Bajtin. La noción de *signatura* —la imagen de una propiedad invisible y oculta— se desvincula del texto, en una elaborada exploración de la comunicación humana. Los textos de Bajtin se revelan como la transformación paciente, burlona, del propio nombre; avanza bajo máscaras o múltiples nombres, sin nombre propio. Los textos llevan a producir toda una teoría del simulacro, que remite a la comunidad de las máscaras. El signo Bajtin se dispersa en los textos, así el nombre propio queda inapropiado; podríamos sugerir, apoyándonos en Derrida, que estos «escritores fingidos» que

autorizan los textos permiten que el narrador se deje narrar, y que el escritor se convierta en escritura.

Digamos que los textos deutorocanónicos nos obligan a pensar la obra de otra manera, y replantearnos el discurso ajeno con otros oídos, incluso como formas de enigmatizar la firma, de fingirla. Más que el *Doppelgänger* nietzscheano, la escena de la escritura bajtiniana pone de manifiesto la forma narrativa ficticia, y el estilo indirecto que permite ironizar y tomar distancia, dejando en el texto su marca. Al mismo tiempo, nos invita a reflexionar sobre la multiplicidad de sentidos (y de autores) que habita cada enunciado y las fuerzas activas a las cuales se opone. Esta dirección conduce a otro pensamiento del nombre (y de la autoría), que se abre al nombre del otro, y nos obliga ahora a poner al firmante pronominal —Bajtin— como entre comillas.³ El firmante sin nombre y sin firma de autor aquí, la «muerte del autor» —podríamos decir— nos obliga a reflexionar sobre sus propios conceptos, mostrándonos al vivo que la palabra de una misma doble vez hace posible e imposible toda firma nominal, porque es siempre discurso referido. En sus palabras, esta vez de sus «Apuntes» finales:

Las complejas relaciones con la palabra ajena en todas las esferas de la cultura y de la praxis llenan toda la vida del hombre. Pero no se ha estudiado ni la palabra enfocada desde el punto de vista de esta relación mutua, ni el yo del hablante desde el mismo punto de vista [1985, 366].

Al hacer dialogar ahora los textos de la década de 1920 con sus apuntes finales, nos permite entrever lo que significó en sus meditaciones la voz ajena como formas de composición heterogénea de la propia imagen. La extraposición se convierte en punto nodal, especie de concepto teórico central que se basa en el reconocimiento de un núcleo imposi-

3. Derrida hace observaciones pertinentes en torno a E. Levinas 1980 en este sentido.

ble que resiste a la simbolización, a la totalización, a la integración simbólica. El modelo más consistente de este reconocimiento es la dialogía, que denota una posición subjetiva que acepta la divergencia, la contradicción, la polémica, el antagonismo como condición interna de toda identidad y toda ideología. Dialogía que en sus primeros textos relaciona con la cultura de los límites, la difuminación de fronteras.

Su repulsa de lo arquimédico y de una visión de punto central común para referir todos los contenidos (herencia kantiana), lo inducen en 1920-1924 a repensar al autor como «conjunto de principios creativos que deben ser realizados». Y continúa:

Su individuación en tanto que hombre es un acto creativo secundario del lector [...], independiente del autor en tanto que principio activo de la visión, que es acto que lo vuelve pasivo a él mismo [181].

Si con esta frase termina el texto que conocemos en español, en inglés se incluye un suplemento (1990) donde comienza a elaborar lo que llama arquitectónica (también de origen kantiano). Lo que quiero subrayar es que desde sus criterios, el autor es co-partícipe del acontecimiento del ser, y es necesario un tipo particular de responsividad, donde no existe ninguna coartada posible, ya que no se vive en un vacío valorativo o ideológico. El acto ético no tiene coartada —evasión— posible; la responsabilidad aquí adquiere proporciones individuales y colectivas.

Nos queda tocar brevemente ese vacío de la persona (digamos, re-acentuando sus propias palabras) que representa el autor, que debe ser comprendido a partir del acontecimiento de la obra como su participante, como el director del lector. Creo que estos objetivos están profundamente relacionados: cuanto no vive en las fronteras, muere, pierde significación; pero, y es lo más grave, donde no hay responsabilidad no hay acto ético ni estético. De esta manera, el autor como co-partícipe en el acontecimiento del ser afirma su ca-

rácter social y su sentido ético profesional, podríamos decir. El núcleo que hemos de tomar en cuenta es que no existe coartada alguna en este acontecimiento responsable y responsable. Un texto se convierte así en un nuevo modelo de mundo, que se logra mediante la extraposición, el excedente o exceso de visión, y el horizonte ideológico y su entorno. Podemos resumir así su programa ético estético, elaborado bajo diversos apócrifos y distintos ángulos.

Si sacamos todas las consecuencias de este intercambio de nombres y estas meditaciones en torno al acto ético, podríamos concluir que Bajtin está lejos de la idea de un sujeto trascendental, soporte de la red de categorías; el sujeto es el punto de partida del problema, pero no el sujeto de la certeza, sino el sujeto en relación con el otro. El acto de escuchar hace intervenir su función en la dimensión de la existencia de los otros. El otro así sorprende y cambia todas las perspectivas; la responsividad pone al descubierto los efectos de la palabra sobre el sujeto. Tal vez tengamos que correr un riesgo y leer retroactivamente, a partir de elaboraciones posteriores a Bajtin. ¿Me atreveré a formular si leemos a Bajtin con la mirada de Lacan, el sujeto es el sujeto de una falta, o cuanto menos —y no es poco— el sujeto del deseo? Este plus que añade Lacan quizá esté latente en al proyecto bajtiniano, donde al menos sí se articula que el sujeto es una falta en una cadena significativa que aporta el otro.

Ahora queda claro, confío, que la noción de palabra ajena, de discurso referido y de otro son contrapartida al concepto mismo de dialogía, como lucha y antagonismo que elaboró en distintas épocas y con diversos nombres. Lo social es siempre un terreno incongruente, atravesado por el antagonismo central —convicción que dicen y repiten Medvedev, Voloshinov y el propio Bajtin, desde diversos ángulos y afinamientos y refinamientos posteriores. Sugerencia que implica que todo proceso de identificación que nos otorgue una identidad socio-simbólica fija está destinada al fracaso. Porque en el terreno de lo social (dialógico), todo significado no es sólo inestable, sino ambivalente: el concepto de carna-

valización nos hace tropezar con esta incidencia. El carnaval (y la carnavalización) son el medio de encarnar la imposibilidad última de todo proyecto totalitario— esa ambivalencia y antagonismo son su límite inmanente al intentar establecer una sociedad transparente y homogénea. El carácter antagónico inmanente del sistema siempre irrumpe, esta es una de las reponsabilidades éticas que supone el carnaval.

Podemos diferenciar las diversas etapas en referencia a los modos de articulación de la dialogía y el discurso. Desde el primer período —textos propios y textos deuterocanónicos— las nociones de frontera, de excedente de visión, de horizonte la insistencia está en la palabra, como medio del reconocimiento intersubjetivo, cuando se integra y se reconoce en la palabra ajena: «El peso social del hablante es enorme», y continúa: «Se puede decir, abiertamente que, en la vida diaria, la gente habla más acerca de lo que hablan los demás» («La palabra en la novela» 1934-1935 en 1989, 154).

Esta asimilación en el mundo interior (signo interior) se marca por medio de la entonación, indicativa de valores y coloraciones ideológicas. El análisis del mundo interno lo induce al estudio del signo, de la ideología, de la ideología cotidiana, del signo como ideológico, de la psique, de la lucha de acentos, la re-valoración como el cambio de significación. Pero además a las nociones de ideologema, el autor como ideólogo, las fronteras, los géneros de enunciado. El concepto de ideologema (retomado por Julia Kristeva, quien además adoptó y tradujo libremente otros términos) es central: en cuanto elemento de intersección entre la heteroglosia de todo texto y sus coordenadas históricas, opera a manera de enlace entre el texto literario y otras prácticas culturales significantes. Se inserta en los textos a nivel semiológico y condiciona lo ideológico, central en la teoría discursiva y filosófica de Bajtin.

Pero los elementos más significativos de su filosofía del signo aparecen bajo la firma de Voloshinov en la serie de artículos disputados y los dos libros. Este heterónimo discursivo plantea la importante noción del discurso ajeno y el discurso referido en *El marxismo y el lenguaje*, tema que reto-

mará el propio Bajtin con su propia firma en el artículo «La palabra en la novela» o «El discurso en la novela» (1934-1935), que se ha integrado a la serie de trabajos sobre la teoría de la novela (en 1989). El mismo esfuerzo por pensar el discurso con nudo de voces refractadas adquiere diversas soluciones o planteamientos desde la década de 1920. Lo que queda claro —postulado desde diversos puntos de vista y varios nombres— es que su universo es la palabra, en tanto que portadora de valores y axiologías, de comunicación y desencuentro, de transparencia y opacidad. El suyo es un mundo heteroglósico, que plantea el status de la ficción y la identidad en el mundo moderno.

Conviene vincular su heteroglosia, la palabra referida y la dialogía a otras formulaciones bajtinianas sobre la re-acentuation del signo, que relaciona a su vez con los *filosofemas* de la palabra ajena (en 1992, 106). La historia literaria se concibe como las réplicas de un diálogo, en el que los enunciados (textos) se relacionan entre sí según la secuencia valorativa (emocional) de una secuencia dialógica. De esta manera, la literatura es un fenómeno plurilingüe, y la historia literaria como la relación mutua de dos procesos —el de canonización y el de re-acentuation del signo. El primer proceso silencia el discurso ajeno, mientras el segundo renueva y genera las obras del pasado en cada presente; la escritura se concibe como una lectura de aceptación y rechazo del discurso anterior, y no de repetición de las estructuras anteriores. Cada texto reformula el sentido profundo de la modernidad, que consiste en desplazar y asumir la autoridad del pasado. De tal forma que la lógica de la historia literaria no es la repetición de formas idénticas, sino la de la renovación mediante enunciaciones estilísticamente irrepetibles.

La re-acentuation supone retomar la palabra en su coloquio anterior, y devolverle su responsabilidad. La historia literaria se transforma así en la doble historia individual y colectiva de algo inacabado. Este retomar el riesgo de la palabra ajena, aleja la re-acentuation (o re-valorización) bajtiniana del concepto más difundido de recepción. La palabra conserva

toda su responsabilidad, y se funda en la existencia de una naturaleza social, sin descanso, sin detenerse, sin final ni conclusión aislada, en el orden del discurso pensado según una finalidad persuasiva, desde re-acentuaciones, diferimientos, significantes flotantes, donde los sujetos se pasan de unos a otros.

Cada firmante de los textos deuterocáninicos seguirá estando cogido en el círculo de la deuda y de la restitución. Podríamos añadir que el juego entre lo público y lo secreto se ajusta a la multiplicidad de los supuestos destinatarios. La identificación del firmante, la contra-firma, ¿no será acaso (si seguimos a Derrida), una argumentación teórica sobre la plusvalía en el mercado de la firma? Si me dejo arrastrar por mi analogía, es imposible arrinconar a la sombra, expulsar fuera-de-texto lo que completa el circuito del discurso referido.

La palabra —este signo compartido— no finaliza, pues no hay nada muerto de una manera absoluta: «cada sentido tendrá su fiesta de resurrección» (1985, 393). No podemos resistir establecer un hilo entre esta resurrección de lo muertos bajtiniana, con aquella otra perspectiva sobre el «Juicio Final» como ajuste final de cuentas de la cual nos habla Lacan en su seminario *La ética del psicoanálisis* (1960 en 1991, 351). Según Lacan, no hay puro gasto o pura pérdida; todo se registra en alguna parte, como una huella, que en el momento del ajuste final, recibirá su propio lugar de sentido. No otra es la verdadera fibra del edificio bajtiniano y el resplandor de la palabra en su forma nueva: lo contingente y la ética responsable.⁴ O, dicho de otra manera: la concepción filosófica y poética de Bajtin conduce a la convicción de que solo a través de lo social (la sociedad, la colectividad) puede llegar a realizarse la misión ideal de la autoconciencia ética del ser humano. He aquí su herencia y subversión kantiana.

Pero esta ética de reponsabilidad, este acto ético y palabra sin coartada, no se da sin antagonismo, antagononismo que es siempre una especie de apertura, el vacío de una pre-

4. Respecto a esta interpretación del Juicio Final en Lacan, remito, apártandome de ellas, a las sugerentes páginas de Žizek 1992, 189-190.

gunta no respondida o irresuelta. Cada palabra sin coartada es una torsión, en que cada pregunta comienza a funcionar como su propia respuesta. ¿Será entonces que para Bajtin, el sujeto es el sujeto de una pregunta? La posición más clara está en su concepción ética: el sujeto es una respuesta responsable a la pregunta del otro.

Referencias

- BAJTIN, M., *Toward a Philosophy of the Deed* (1924) (trad. y notas Vadim Liapunov, ed. V. Liapunov y M. Holquist), Texas, University of Texas Press, 1993.
- , *Per una filosofia dell'atto*, en Giovanni Mastroianni, *Pensatori russi del novecento*, Nápoles, Istituto Italiano per gli studi filosofici, 1993, 103-164.
- , *Art and Answerability: Early Philosophical Works* (1920-1924) (ed. Michael Holquist y Vadim Liapunov, trad. Vadim Liapunov), Texas, University of Texas Press, 1990.
- , *Teoría y estética de la novela* (trad. Helena S. Kriukova y Vicente Cazcarra), Madrid, Taurus, 1989.
- , *Estética de la creación verbal* (1979) (trad. Tatiana Bubnova), México, Siglo XXI, 1985 (2.^a ed.).
- , *Problemas de la poética de Dostoievski* (1929, 1963 y 1979) (trad. Tatiana Bubnova), México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- (V.N. Voloshinov), *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (trad. Tatiana Bubnova, pról. Iris M. Zavala), Madrid, Alianza, 1992.
- / P.N. Medvedev, *El método formal en los estudios literarios* (trad. Tatiana Bubnova, pról. Amalia Rodríguez Monroy), Madrid, Alianza, 1994.
- CLARK, K. y M. HOLQUIST, *Mikhail Bakhtin*, Harvard UP, 1984.
- DÄLLENBACK, Lucien, *Le récit spéculaire: essai sur la mise en abyme*, París, Seuil, 1977.
- DERRIDA, Jacques, «En este momento mismo en este trabajo heme aquí» (1980), *Suplementos Anthropos: Jacques Derrida*. «¿Cómo no hablar y otros textos?», 13 (1989), 42-61.
- LACAN, Jacques. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1973), Argentina, Paidós, 1992 (5.^a ed.).
- , *La ética del psicoanálisis* (1986), Argentina, Paidós, 1991 (3.^a ed.).

- SILVESTRI, Adriana y Guillermo BLANCK, *Bajtín y Vigotski: la organización de la conciencia*, Barcelona, Anthropos, 1993.
- STEIN, Gerturde, *Selected Writings of Gertrude Stein*, Nueva York, Vintage, 1972.
- TODOROV, Tzvetan, *Mikhail Bakhtine. Le principe dialogique, suivi de Ecrits du Cercle de Bakhtine*, París, Seuil, 1981.
- ZAVALA, Iris M., *La posmodernidad y Mijail Bajtín. Una poética dialógica*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.
- , Prólogo a V.N. Voloshinov (1929), *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, 11-23.
- ZIZEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología* (1989), México, Siglo XXI, 1991.

Textos deuterocanónicos (orden cronológico)

- MEDVEDEV, P.N., «The formal (morphological) method or scholarly Salieri-ism» (1925) (trad. Ann Shukman), en *Bakhtin School Papers (Russian Poetics in Translation)*, 10, 1983, 51-66.
- VOLOSHINOV, V.N., «On the far side of the social» (1925), *Zvezda* 5 (en español «Más allá de lo social. Ensayo sobre la teoría freudiana», en Silvestri y Blanck, 1993, 169-173).
- KANAEV, I.I., «El vitalismo contemporáneo» (1926), *Celovek i priroda*, 1, 33-42, 2, 9-23 (no ha sido traducido del ruso).
- VOLOSHINOV, V.N., «Discourse in life and discourse in poetry» (1926) (trad. John Richmond), en *Bakhtin School Papers*, 5-30.
- , *Freudianism: a critical sketch* (1927) (trad. *Freudianism: A Marxist Critique*, por I.R. Titunik), Nueva York, Academic Press, 1976.
- , «The latest trends in linguistic thought in the West» (1928) (trad. Noel Cowen), *Bakhtin School Papers*, 31-50.
- , «The immediate tasks facing literary historical science» (1928) (trad. C.R. Pike), *Bakhtin School Papers*, 75-92.
- MEDVEDEV, P.N., *El método formal en los estudios literarios* (1928) (trad. T. Bubnova, pról. A. Rodríguez Monroy), Madrid, Alianza, 1994.
- VOLOSHINOV, V.N., *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929) (trad. T. Bubnova, pról. I.M. Zavala), Madrid, Alianza, 1992.
- , «Literary Stylistics» (1930), 1. «What is language?» (trad. N. Owen); 2. «The construction of the utterance» (trad. N. Owen); 3. «The word and its social function» (trad. J. Andrew), *Bakhtin School Papers*, 93-152 (en esp. en Silvestri y Blanck, 1993, 217-276).